

**RICARDO ALEGRÍA:
UN HÉROE CULTURAL PUERTORRIQUEÑO**

Mercedes López-Baralt
Conferencia Magistral
Centro de Estudios Avanzados
3 de diciembre del 2021, 7 p.m.

Muy buenas noches. En primer lugar, quiero expresar mi gratitud y enhorabuena al Comité de la Jornada Centenaria Ricardo E. Alegría Gallardo (1921-2021), y muy en especial a la Dra. Diana Quirindongo Martínez, por esta invitación que tanto me honra, pues de celebrar a don Ricardo se trata. También agradezco a nuestro querido Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, que siento como mi segunda casa, por acogernos en este momento tan importante. Y les doy las gracias a los presentes y a los que nos conectan digitalmente por acompañarme en el homenaje de este prócer que dedicó su vida a la afirmación de nuestra cultura.

He titulado mi conferencia: *Ricardo Alegría: un héroe cultural puertorriqueño*. Y comienzo con un epígrafe muy oportuno que nos servirá de guía. Se trata del verso más famoso del poeta y patriota Juan Antonio Corretjer:

— *yo sería borincano aunque me encuentre en la luna* —

Paso ahora a compartir con ustedes el *In memoriam* que le dediqué a don Ricardo en Radio Universidad de Puerto Rico el 8 de julio del 2011, un día después de su partida. Y advierto que no nos vamos a entristecer, porque la pena de ese momento se nos ha tornado en dicha hoy. Veamos lo que dije entonces:

Estamos de luto nacional. Quisiera expresar, en breves palabras, y desde la voz radial de nuestra Universidad de Puerto Rico, donde enseñé por años y cuyo Museo se debe a su esfuerzo, mi admiración, mi cariño y mi respeto por el último prócer de nuestro país: don Ricardo Alegría. Más que admiración, perplejidad maravillada. Porque la ética de trabajo llevada a la enésima potencia, y una pasión, aunque serena, al rojo vivo, dirigidas ambas como flechas certeras al destino ineludible de servir a Puerto Rico, lo convirtieron en un hombre plural. Cuesta entender que en una sola persona converjan el patriota; el antiimperialista valiente; el escritor; el historiador; el profesor, el antropólogo; el fundador del Instituto de Cultura Puertorriqueña, de la Escuela de Artes Plásticas, del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe; el restaurador con alma de arquitecto que convirtió en joya de las Américas a nuestro viejo San Juan; el rescatador de nuestro pasado indígena, de nuestro pasado colonial, de nuestras raíces africanas (pensemos en el Parque de Caguana en Utuado, La Hacienda Grande en Loíza, el Fuerte de San Jerónimo en San Juan, la Iglesia de Porta Coeli en San Germán, la fiesta de Santiago Apóstol en Loíza); el defensor de nuestra cultura popular y sus artesanías; el creador de más de diez museos, entre ellos, el Museo de las Américas; y como miembro de número de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, el paladín de nuestro vernáculo. A este gran puertorriqueño, cuya sencillez imperturbable solía encubrir con modestia su estatura de héroe nacional, Puerto Rico le debe mucho de su autoestima colectiva. Vivió para decirnos quiénes somos. Y desde aquí quiero decirle mi gratitud y mi amor. A doña Mela y sus hijos, va mi más profundo respeto. Pero con alegría: porque nos acaba de nacer un mito.

Esta celebración de la gesta de don Ricardo Alegría en el homenaje que le hacemos hoy es justa y necesaria. Dedicó su vida a la afirmación de nuestra identidad puertorriqueña, y como hombre renacentista, diversificó sus quehaceres que hoy recibimos como legado. Y su ingente labor fue la mejor respuesta al disparate descomunal de un historiador norteamericano cuyo nombre debe pasar al panteón del olvido, quien afirmó, desde la ignorancia y la mala fe, que Puerto Rico no tenía cultura.

Vale recordar algunos de los eslabones de la gesta de don Ricardo. Para que tuviéramos una idea más precisa de nuestra identidad, se remontó a nuestros orígenes más olvidados, más

allá de la hispanidad: los indígenas nativos y los africanos. En diversos estudios y dos libros examinó las aportaciones de los aborígenes antillanos, los taínos, e hizo lo propio con la herencia africana, en su libro del mismo título y otro sobre el primer negro conquistador. Defendió la conservación y restauración de edificios y monumentos del viejo San Juan, que fue su gran amor. En esto se hermana con nuestro Noel Estrada, que le dedicó una inoivable canción, y con Luis Rafael Sánchez, que inspirado por Estrada, le acaba de dedicar a nuestra ciudad capital una hermosísima oda en prosa, *El corazón frente al mar*. Alegría también gestionó la conservación del Parque Ceremonial Indígena de Caguana en Utuado. Fue el primer Director del Instituto de Cultura Puertorriqueña y más tarde dirigió el Centro de Estudios Avanzados del Puerto Rico y el Caribe, de cuya revista fue Director Ejecutivo. Fundó el Museo de Antropología, Historia y Arte de la Universidad de Puerto Rico. Participó en la creación de la Parada Puertorriqueña en Nueva York. Celebró nuestra plena, nuestras artesanías y nuestras fiestas tradicionales, como la de Santiago Apóstol en Loíza Aldea. Fundó la Revista *Caribe*. Son tantos sus logros y los reconocimientos que ha recibido, que para conocerlos a fondo es fundamental leer la magnífica biografía que le dedicó Carmen Dolores Hernández: *Ricardo Alegría: una vida*. Aunque para sintetizar la multiplicidad de su gesta, podemos llamarlo Custodio de nuestro patrimonio nacional.

En el resumen de dicha biografía, su autora nos cuenta que su niñez fue el prelude de su gesta nacional. Cito a Carmen Dolores Hernández:

El destino pareció unir el futuro de Ricardo Alegría al de su Isla desde muy temprano en la vida. Nacido en San Juan en 1921, fue testigo -desde el balcón de su casa frente a la Plaza Colón- del trajín bullicioso de la pequeña capital antillana. José S. Alegría, su padre -abogado, escritor, editor, periodista y representante a la Cámara de 1936 a 1940- lo introdujo al mundo de la cultura. Su

madre, Celeste Gallardo, cuya familia poseía tierras en Loíza, propició su encuentro con los restos dispersos de las culturas indígenas cuyas huellas más notables había borrado el tiempo.

De pequeño, Alegría se colaba en el Teatro Municipal, que quedaba frente a su casa, para asistir, desde el gallinero, a las obras de teatro y las zarzuelas que traían a la Isla diversas compañías itinerantes. En el bufete de su padre conoció a gente prominente del país -el millonario Eduardo Georgetti era su cliente- y a figuras políticas señeras como don Pedro Albizu Campos, gran amigo y correligionario de don Pepe Alegría, ya que ambos militaban en el Partido Nacionalista. Cuando iba a la finca de su abuela, regresaba con la cabeza llena de los cuentos de los esclavos que le hacía su tía Elisita y con los bolsillos repletos de piedrecitas con inscripciones indígenas, que encontraba en aquel campo. Las colocaba en un gran librero con cristales -como los que usaban los abogados entonces- diciendo que ese era su "museo". Si es cierto aquello de que el niño prefigura al hombre, en esa niñez se prefiguraba ya la vocación antropológica de don Ricardo Alegría.

En su conferencia del 16 de abril del 2015 titulada "Ricardo Alegría y las políticas culturales puertorriqueñas: de la americanización a la modernidad líquida", Jaime Rodríguez Cancel recuerda una entrevista que le hizo a don Ricardo, que vale citar aquí:

El tema de Instituto de Cultura se colocó en el centro de la conversación. [Alegría] Reflejó su tono de preocupación resignada, con un movimiento de manos y señaló con certeza: "No entienden su valor, esperan un poco más para destruirlo", sentenció. En el momento en que se hizo silencio, le pregunté. Don Ricardo, en esta situación, ¿qué haría usted? Me respondió con una mirada profunda y larga, sabia y retadora, que completó finalmente con un comentario que persiste aún en mi memoria: "Hicimos lo que nos tocó hacer en nuestro momento. Ahora les toca a ustedes".

Quisiera detenerme hoy en mi experiencia intelectual con el Maestro Ricardo Alegría. Tomando como eje el tema que más nos unía. Me refiero a la mitología taína, que asediamos en dos libros, hermanos y complementarios: el mío, de 1977, es *El mito taíno: raíz y*

proyecciones en la Amazonia continental (en una edición ampliada de 1985 lo nombré como *El mito taíno: Lévi-Strauss en las Antillas*); el de don Ricardo, de 1978, se titula *Apuntes en torno a la mitología de los indios taínos de las Antillas Mayores y sus orígenes suramericanos*. Ambos se basan en la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de fray Ramón Pané, de 1498. La primera obra escrita en español en el Nuevo Mundo y a la vez el primer tratado etnográfico sobre América y el primer documento en recoger el diálogo entre ambos mundos, el Nuevo y el Viejo, el relato del humilde fraile jerónimo comisionado por Cristóbal Colón para describir las creencias religiosas de los taínos (es decir, sus rituales y sus mitos), constituye no solo el texto fundacional de nuestras letras, sino la piedra angular de la antropología moderna.

Debemos a José Juan Arrom una cuidadosa edición anotada de la *Relación* (1988), así como un estudio etnohistórico que confronta el mito con las fuentes arqueológicas: *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas* (1975). Ricardo Alegría (en su citado libro de 1978) y la autora de estas líneas (en *El mito taíno*) han trazado el parentesco cultural entre la mitología amazónica y la arahuaca insular o taína que transcribe Pané, mientras que Eugenio Fernández Méndez (*Art and Mythology of the Taino Indians of the Greater Antilles*, 1972) y Osvaldo García Goyco (*Influencias mayas y aztecas en los taínos de las Antillas Mayores: del juego de pelota al arte y la mitología*, 1984) han atendido en la relación de Pané las manifestaciones del contacto entre las Antillas y Mesoamérica. Y en su libro *Encuentro con la mitología taína*, de 1992, Sebastián Robiu Lamarche indaga las connotaciones astronómicas de los mitos taínos.

Vamos ahora al diálogo entre la discípula (la que les habla) y el maestro (don Ricardo). Comienzo explicando lo que propuse en *El mito taíno*. Mi libro comienza así: "En 1949 Alejo Carpentier propone, desde su prólogo a *El reino de este mundo*, que la historia de América no es

sino una crónica de lo real-maravilloso. Años más tarde anuncia que el narrador latinoamericano ha de asumir el rol de nuevo cronista de Indias, lo que cumple casi literalmente en una de sus últimas novelas – *El arpa y la sombra* – al re-escribir la gesta colombina. Asturias y Arguedas recrean el mundo de la arcadia nativa en sus obras, mientras Neruda renueva la promesa mesiánica andina en “Alturas de Machu Picchu”. García Márquez estructura *Cien años de soledad* a partir de la noción mítica de tiempo cíclico y carnavaaliza fragmentos del diario del Almirante en *El otoño del patriarca*. Pero mucho antes, en 1891 José Martí había anunciado un tiempo nuevo para “Nuestra América” con una alegoría montada sobre la deidad prehispánica antillana: “¡Porque ya suena el himno unánime: la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado sobre el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!”. Si la literatura latinoamericana del siglo veinte supone un regreso a la escritura colonial, o un “viaje a a semilla”, para decirlo en palabras de Carpentier, se impone una nueva mirada al texto que inaugura nuestro mestizaje discursivo, la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de fray Ramón Pané.

Se trata de un acercamiento al primer corpus mítico americano en sufrir la traslación de códigos que va de la tradición oral a la escritura. Mi intento de descodificación de los mitos recogidos por fray Ramón Pané en La Española entre 1495 y 1498 por mandato de Colón buscaba no solo explicar los relatos de nuestros aborígenes, sino arrojar luz sobre la reformulación de los mitos precolombinos y las crónicas de Indias por nuestra literatura del siglo veinte, lo que he llamado, con palabras de Carpentier, "el viaje a la semilla". En el caso de Pané,

el poeta puertorriqueño Juan Antonio Corretjer reformula algunos de los mitos taínos en su poema de 1965, "Alabanza en la torre de Ciales".

Antes de comenzar con el comentario textual de los relatos sagrados de los taínos, abordé varias aproximaciones al mito, entre ellas las de Branislav Malinowski y Mircea Eliade. Debemos al primero la siguiente noción, esbozada en su ensayo de 1925 "Myth in Primitive Psychology". Lo traduzco:

Enfocado en lo que tiene de vivo, el mito no es una explicación destinada a satisfacer una curiosidad científica, sino un relato que hace revivir una realidad original y que responde a una profunda necesidad religiosa, a aspiraciones morales, a coacciones e imperativos de orden social, e incluso a exigencias prácticas.

Varias décadas más tarde, en *Mito y realidad*, Eliade parte de la propuesta de Malinowski para elaborar su concepto de mito, basado en la noción tradicional de tiempo cíclico:

El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo fabuloso de los "comienzos". Dicho de otro modo: el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento: una isla, una especie vegetal, un comportamiento humano, una institución. Es, pues, el relato de una "creación", se narra cómo algo ha sido producido, ha comenzado a "ser".

La noción de tiempo cíclico – sin la cual, por cierto, difícilmente podríamos acceder a una novela como *Cien años de soledad* - divide el tiempo en dos: sagrado y profano. El tiempo sagrado o primordial es el tiempo perfecto de las creaciones. El segundo es el tiempo humano, en el que los hombres imitan de manera imperfecta los primeros gestos de las deidades, y que puede abolirse

periódicamente mediante el rito, que recrea el tiempo de los orígenes. Pero el tiempo cíclico también implica la esperanza del eterno retorno. Pues propone la historia de la humanidad como una cadena de distintas creaciones interrumpidas por cataclismos cósmicos. Los dioses crean cada humanidad, que se desarrolla, culmina y termina deteriorándose. Entonces las deidades las destruyen, sea por fuego o por agua, para crear una humanidad mejor.

Luego de examinar los mitos más importantes de la *Relación* de Pané, quise asediario como etnógrafo *avant la lettre*, traductor, filólogo y editor de la tradición oral que recibe de nuestros taínos. Y es que la relación de Pané, género de vocación antropológica como la crónica indiana, exhibe una autoría dual que lo convierte en el primer texto mestizo de nuestra América.

Al hablar de autoría dual, no aludo a dos autores individuales, sino a dos posturas culturales que producen dos textos distintos. El texto de Pané incluye tanto la narración de mitos taínos como las observaciones que hace el fraile – en calidad de etnógrafo novel – sobre el mundo ritual antillano. Esto quiere decir que aunque Pané sea el autor directo y principal de su *Relación*, hay un autor secundario, colectivo: el pueblo taíno, que produce los mitos que los informantes indios le recitan o cantan a aquél. Porque Pané, más que resumir estos relatos, intenta transcribirlos, pese a las obvias limitaciones impuestas por la traducción, la distancia cultural y el fragmentarismo que aqueja alguno de los mitos. Lo cito:

Y como no tienen letras ni escrituras, no saben contar bien tales fábulas, ni yo puedo escribirlas bien. Por lo cual creo que pongo primero lo que debiera ser último y lo último primero. Pero todo lo que escribo así lo narran ellos como lo escribo, y así lo pongo como lo he entendido de los del país.

Pané distingue explícitamente las dos dimensiones del relato, la observación de primera mano y la transcripción de areitos:

Porque yo lo he visto en parte con mis ojos, bien que de las otras cosas conté solamente lo que había oído a muchos, en especial a los principales, con quien he tratado más que con los otros. Pues, lo mismo que los moros, tienen su ley compendiada en canciones antiguas, por las se rigen, como los moros por la escritura. Y cuando quieren cantar sus canciones, tocan cierto instrumento, que se llama mayohabao... A su son cantan las canciones, que aprenden de memoria; y lo tocan los hombres principales, que aprenden a tañerlo desde niños y a cantar con él según su costumbre.

Este pasaje anticipa en cinco siglos la definición que Malinowski hace de todo corpus mítico como un código de reglamentación social. Pero por lo pronto valga observar cómo la España de los Reyes Católicos no puede concebir la otredad americana sin aludir a la alteridad conocida en su propio suelo, la musulmana. Tan exóticas resultaron las recién descubiertas islas para los europeos, que en su *Cántico espiritual* San Juan de la Cruz no vaciló en convocar el misterio de la unión mística con la frase de “las ínsulas extrañas”. Me refiero a la estrofa que registra el encuentro entre la amada (el alma) con el Amado (Dios):

Mi Amado las montañas
 los valles solitarios, nemorosos,
 las ínsulas extrañas
 los ríos sonorosos
 el silbo de los aires amorosos.

Curiosamente, aun hoy en Puerto Rico nombramos la otredad espacial última —es decir, el jurutungo— con un derivado de la frase “las ínsulas”. Aludimos al límite de la lejanía diciendo

“eso está por *las sínoras*”, porque “las ínsulas” se transformaron en nuestra habla coloquial en “sínoras”.

Si el texto de Pané no es otra cosa que el primer acto efectivo de comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, la autoría dual le confiere una insólita actualidad antropológica. Pues la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* anticipa el reclamo de una de las corrientes más originales de la antropología contemporánea, entre cuyos principales exponentes se encuentran James Clifford, George E. Marcus, Michael Fischer y Dennis Tedlock. Desde la mitad del siglo veinte el debate en la disciplina revela que la etnografía se halla inmersa en una crisis a la vez epistemológica y política: tras los comienzos del proceso mundial de descolonización a partir de 1950 el escritor occidental ya no puede sin más emprender la descripción de pueblos no occidentales, pues su autoridad monolítica ha sido socavada. Desde comienzos de los años ochenta tenemos sobre el tapete la propuesta de una nueva antropología polifónica o dialógica que debe no poco al campo de la literatura, en particular a la influencia de Mijail Bajtin. Es una antropología que reclama un espacio para la voz del otro. Ese otro que debe hacer suyo el lugar que le corresponde en la etnografía no solo en largos discursos que narren o interpreten su propia tradición nativa, sino también en el diálogo con el etnógrafo, y que incluso debe asumir el rol de co-autor del texto publicado. En este contexto la relación de Pané resulta modélica, ya que no solo transcribe fielmente los mitos que le narran sus informantes indígenas, sino que estos textos ocupan la mitad del suyo. Solo faltaría el dar los nombres de los co-autores nativos y el reproducir su diálogo con ellos, lo que sería demasiado pedir a un fraile recién salido de la Edad Media.

Vamos ahora a las valiosas aportaciones de don Ricardo. En su citado libro sobre los mitos de nuestros taínos destaca lo poco que conocemos de su cultura, por su rápida desaparición y el desconocimiento de su lengua aborigen. Y nos cuenta que el propio padre Las Casas advierte lo poco que la lengua taína interesó a misioneros y colonizadores, y que Pedro Mártir de Anglería señala que la falta de intérpretes y traductores impidió entender las costumbres de los insulares. Pero fue Colón quien se interesó por conocer mejor la cultura de las tierras conquistadas. Bartolomé de Las Casas lo corrobora:

Dice más el Almirante, que había tratado de saber si tenían las gentes desta Isla secta alguna que oliese a clara idolatría, y que no lo había podido comprender y que por esta causa había mandado a un catalán que había tomado hábito de ermitaño y le llamaban fray Ramón, hombre simple y de buena intención, que sabía algo de la lengua de los indios, que inquiriese todo lo que más pudiese saber de los ritos y religión y antigüedades de las gentes desta Isla y las pusiere por escrito.

De ahí la importancia del "librito" de Pané, como lo llamó Mártir de Anglería, el único texto que describe minuciosamente los ritos, las creencias religiosas y los mitos de los aborígenes antillanos. Para entender mejor los mitos transcritos por Pané en su relación, don Ricardo elige el enfoque comparativo entre los mitos indígenas antillanos y los de los aborígenes del trópico suramericano. Su estudio revela la cercanía entre ambas cosmovisiones, a partir de mitos como el del origen de la humanidad, los orígenes de la mujer y los gemelos divinos y la gran inundación o diluvio.

Hay otro estudio de don Ricardo que me ha servido de fuente importantísima para mi libro *Iconografía política del Nuevo Mundo*, publicado en 1990 con la colaboración de Rolena Adorno y Bernadette Bucher. Me refiero al extraordinario libro titulado *Las primeras*

representaciones gráficas del indio americano (1493-1523), de 1978, en el que don Ricardo examina la visión europea de los indios de nuestra América, en ilustraciones y grabados que acompañan diversos textos: varias cartas de Colón, un grabado atribuido a Durero, cartas de Americo Vesputio, atlas, geografías y mapas del siglo dieciséis... En casi todas estas imágenes los indios se ven de manera negativa, ya sea un indio anormal por acéfalo, o indios cobardes que les huyen a los conquistadores, u otros agresivos que los amenazan con sus flechas y, aun otros, practicando el canibalismo. Imágenes que confirman la sabia sentencia de Montaigne en su ensayo "Sobre los caníbales", de 1562, en el que censura el desprecio con que Europa miraba a los indios: "Llamamos barbarie a lo que no nos es familiar". Aludiendo, desde luego, a la ignorancia de los conquistadores.

Pero más allá de la importancia antropológica e histórica de los estudios eruditos de don Ricardo sobre el mundo taíno, vale destacar su misión educativa, ya que escribió un pequeño volumen titulado *Historia de nuestros indios* para la enseñanza en la escuela elemental puertorriqueña, con esta dedicatoria: "A los niños de Puerto Rico".

Mi diálogo con don Ricardo culminó cuando entré a la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española el 30 de septiembre de 1999. Volvimos al tema que tanto nos acercó: el mito taíno. Yo había titulado mi discurso de ingreso así: "Literatura y antropología: fray Ramón Pané y el género fundacional de las letras hispanoamericanas". Me refería al hecho de que nuestra literatura se inició con Pané y las crónicas de Indias como una traducción de culturas, género que continuó en el siglo diecinueve con las novelas indianistas y la literatura gauchesca, y en el veinte, con las novelas indigenistas y la poesía negrista. Mi conferencia puso el acento en la función de Pané como editor de un texto - las creencias y los mitos taínos - que resulta extraño a

los futuros lectores. Como editor fue filólogo (explicó el sentido de muchas palabras taínas), y además de ordenar sus materiales de manera lógica, empezando con la vida (el mito de creación de los taínos) y terminando con la muerte (el trasmundo indígena) También como editor comentó cada mito, con interrupciones enjuiciadoras y la voluntad de restarles veracidad, al incluir a menudo la frase que alude a la tradición oral, "dicen que" (lo que sugiere que el mito narra creencias y no realidades; más aún: creencias falsas. De manera que Pané desautoriza el corpus mítico taíno, como era de esperar. Pero no olvidemos que sin querer queriendo, como diría el Chavo del Ocho, lo immortalizó. La devaluación de los mitos es una manera quizá inconsciente del fraile de satisfacer el deseo de Colón, expresado en los apuntes de su Diario del 12 de octubre de 1492, y lo cito: "Ellos [los indios] deven ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dizen todo lo que les dezía. Y creo que ligeramente se harían buenos cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían".

Tuve el gran honor de que don Ricardo pronunciara el Discurso de recepción de mi entrada a la Academia. Fue sumamente generoso conmigo, y me agradeció que asediara a Pané no solo desde un punto de vista antropológico, sino literario. Porque, como bien lo dijo, en una sentencia maravillosa y muy citable, "la mitología no es otra cosa que la primera expresión de la literatura". Y entonces volvió a la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, para puntualizar algunas de sus muchas aportaciones. Pero no sin antes alertarnos al hecho de que el primer vocablo de nuestra América en ingresar a la lengua española fue la palabra *canoa*, un tainismo recogido por el propio Colón. Luego se incorporaron otros, como aquellos divulgados por Pané: *cacique, huracán, hamaca, sabana...*

También don Ricardo nos advirtió que Pané, por el hecho de ser un fraile, fue un fiel creyente de la explicación que desde la Edad Media se le daba al origen de aquellas creencias religiosas que diferían del cristianismo. La Europa cristiana de aquel entonces aceptaba como dogma incuestionable que cuando Dios creó a la humanidad, le legó la verdadera religión, por lo que el diablo, furioso, quiso engañar a muchos, al crear las creencias paganas. Por ello, para los colonizadores y los misioneros españoles, los ídolos y deidades de las culturas indígenas no fueron otra cosa que representaciones del demonio. De ahí que el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias*, del siglo dieciséis, afirme que en la isla Española (hoy la República Dominicana y Haití), la palabra *cemí* - que hoy conocemos como deidad taína - era "lo mismo que nosotros llamamos Diablo". Y antes, hacia 1498, Pané había dicho: "Las cuales cosas creen aquellos simples ignorantes [los indios] que hacen aquellos ídolos, o por hablar más propiamente, aquellos demonios, no teniendo conocimiento de nuestra Santa Fe".

También añade don Ricardo la razón por la que Colón ansiaba que Pané le escribiera cuanto antes una relación en que explicara las creencias paganas de los taínos. Y es que, con la información que habría de darle el fraile, Colón estaría preparado para estimular los anhelos evangelizadores de la reina Isabel. Porque él mismo le había hecho creer a la reina que la empresa colonizadora de las nuevas tierras habían de ofrecer los medios económicos para organizar un gran ejército que habría de rescatar el Sepulcro de Jesucristo que estaba en manos de los musulmanes. Así se lo dice Colón al Papa Alejandro VI cuando le informa que la empresa que él lleva a cabo en las nuevas tierras podrá pagar 50,000 soldados de a pie y 5,000 de a caballo y al cabo de cinco años, la misma cantidad para dicha Cruzada. [...] Fue por causa de ese

interés, según Las Casas, que Colón comisionó al fraile Ramón Pané para investigar todo lo relacionado con las creencias de los indios de La Española.

Don Ricardo termina su Discurso de Recepción poniendo el acento en una de las aportaciones más significativas de Pané a los estudios antropológicos: la de describir las prácticas chamánicas que conoció gracias a los taínos de La Española. Pasarían cuatro siglos hasta que la antropología moderna descubriera estas prácticas entre culturas aborígenes de Siberia. Que, como en el caso de las prácticas taínas, empleaban alucinógenos para provocar visiones que el practicante entendía como una traslación a otro mundo, para recibir el mensaje de los dioses.

Tras contarles esta historia del extenso diálogo que he tenido el privilegio de tener con don Ricardo Alegría, quisiera terminar citando una anécdota del breve discurso que leí sobre él en un documental filmado por el Recinto de Bayamón de la Universidad de Puerto Rico en diciembre del 2020:

Siempre sentí a don Ricardo como mi maestro. Un maestro singular, ya que su sabiduría se daba la mano con una sencillez y una bondad ejemplares. Por lo cual quiero compartir con ustedes una anécdota elocuente de cuánto lo quise. Resulta que tuvo la generosidad de concederme la medalla Ricardo Alegría, regalo póstumo que me honró sobremanera, y que vino acompañado de una hermosa tarjeta con el logo y la descripción de la Fundación que lleva su nombre. Con un detalle conmovedor: poco antes de morir, en la parte superior de la tarjeta, de su puño y letra y en tinta color azul acua, me dedicó unas palabras hermosas, y las cito aquí: *"Dra. Mercedes López-Baralt. En reconocimiento a su patriótica defensa y fomento de la cultura e identidad puertorriqueña, mediante sus estudios y enseñanzas de la antropología y la literatura. Ricardo Alegría - abril 2011"*. Cuando recibí su regalo, quise fotocopiar la tarjeta enseguida, antes de enmarcarla. Me fui a un negocio cercano de fotocopias, y ya de regreso a mi casa en Hato Rey con este tesoro en mi carro (el original de la tarjeta y sus copias), me

cogió un aguacero torrencial, de esos típicos de nuestro trópico. Me metí sin darme cuenta en una calle paralela a la del ya desaparecido restorán Zipperle, que estaba inundada. Justo al entrar en la esquina de la calle, el motor de mi carro murió. Entonces vi a mi alrededor varios carros flotando, en una escena que parecía un cuadro surrealista de Salvador Dalí. Tenía que salir del mío cuanto antes. Agarré una bolsa de plástico, puse en ella el tesoro de don Ricardo, y me metí en el repentino lago sombrilla en mano. El agua casi me llegaba a la cintura. Me mojé entera y tuve que abandonar la sombrilla, que se viró irremediamente, pero protegí la bolsa con mi abrazo y fui caminando por el medio de la calle hasta llegar a su parte más alta, perpendicular a otra que ya no estaba inundada. Allí tuve la suerte de que un vecino me recogiera y me llevara en su carro a mi casa. Pedí una grúa, y el guero me recogió y fuimos a rescatar el carro, que luego fue pérdida total. Pero sucedió algo importante. Cuando le conté al guero cómo atravesé la larga calle por su mismo medio, me dijo: "Usted ha vuelto a nacer hoy mismo. Porque a mi mejor amigo, en una situación parecida a la suya, se lo chupó una alcantarilla, que con la fuerza del agua perdió la tapa. Nunca más se encontró su cuerpo. ¡No lo vuelva a hacer!", me amonestó. Entonces me dí cuenta de que sin saberlo, había arriesgado mi vida.

Pero salvé mi santo grial: el tesoro que me legó don Ricardo. Y aquí está hoy, honrando mi casa. Gracias a todos y mucho éxito en el homenaje a nuestro Héroe Nacional.

Por último, le cedo la palabra a don Ricardo. Para lo cual debo citar al distinguido arqueólogo, profesor y gestor cultural, Miguel Rodríguez, que dirigió durante años exitosamente el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. En un artículo de *El Nuevo Día* del 11 de abril del 2021, titulado "Don Ricardo Alegría: un centenario para la historia", nos cuenta Miguel: "Cuando en una ocasión se le preguntó la manera en que quería ser recordado, Don Ricardo contestó: "Recuérdense como un puertorriqueño orgulloso de su nacionalidad, que dedicó su vida a que otros sintieran ese mismo orgullo".

Como puertorriqueña, con todo mi corazón, mi admiración y respeto, le doy las gracias a este faro de luz que nos iluminará para siempre, don Ricardo Alegría, nuestro "sempiterno guerrero de la cultura", como bien lo ha bautizado Carmen Dolores Hernández. ¡Por todo lo dicho, les pido ahora un fuertísimo aplauso a don Ricardo!